

MERCEDES CABRERA

**JUAN MARCH**  
**(1880-1962)**

Marcial Pons Historia  
2011

# Índice

	<u>Pág.</u>
Presentación .....	9
1. Tabaco.....	29
<i>La aprehensión de un alijo</i> .....	29
<i>Del comercio de los cerdos al «negocio del trasbordo»</i> .....	40
<i>El monopolio de tabaco en Marruecos</i> .....	55
<i>El asesinato del Grao</i> .....	62
<i>La disolución de la sociedad March y Garau</i> .....	72
2. La conquista de la isla .....	77
<i>La conmoción de la Gran Guerra</i> .....	77
<i>Banquero y propietario</i> .....	86
<i>Un capitalista moderno</i> .....	91
<i>Verguistas y antiverguistas</i> .....	100
<i>De nuevo el tabaco</i> .....	108
<i>March, diputado</i> .....	121
3. Benemérito de la patria .....	131
<i>La moralidad catoniana de Primo de Rivera</i> .....	131
<i>Cartas comprometedoras</i> .....	138
<i>Amenaza de cárcel</i> .....	144
<i>Ganándose al dictador</i> .....	150
<i>Cómo conseguir un monopolio</i> .....	158
<i>Negocios y petróleos</i> .....	170
<i>Despedida sin honores</i> .....	182

	Pág.
4. El gran corruptor.....	191
<i>La llegada de la República</i> .....	191
<i>Las responsabilidades de la Dictadura</i> .....	200
<i>El «gran proceso político»</i> .....	213
<i>En la cárcel</i> .....	233
<i>Cargos, descargos y fuga</i> .....	246
5. Tiempo de guerras.....	261
<i>Rehabilitación</i> .....	261
<i>La sublevación militar</i> .....	273
<i>El banquero de la rebelión</i> .....	289
<i>«Nuestro amigo»</i> .....	311
<i>La Caballería de San Jorge</i> .....	328
6. El filántropo.....	347
<i>Dos compañías eléctricas en dificultades</i> .....	347
<i>Una quiebra y una disolución</i> .....	362
<i>El ilustre financiero y filántropo</i> .....	392
<i>La muerte de Juan March</i> .....	412
Bibliografía.....	429
Índice de ilustraciones.....	437
Índice onomástico.....	441

## Presentación

Cuando Jean Strouse tenía a medias el borrador de su monumental biografía del financiero americano Pierpont Morgan pensó que no iba a funcionar. Desde que comenzó su tarea le habían parecido más convincentes los argumentos de los detractores de Morgan que los de sus defensores. Morgan fue uno de aquellos capitalistas, de aquellos capitanes de industria norteamericanos, constructores de ferrocarriles, fundadores de las grandes acerías, de las industrias eléctricas y de las compañías petrolíferas, y creadores de bancos. Tras la guerra civil americana, en lo que Mark Twain llamó la «Gilded Age», protagonizaron la transformación de una sociedad agraria y mercantil en una economía de grandes industrias y producción en masa, pusieron en pie gigantescos monopolios rompiendo las leyes del mercado, se hicieron con el control del poder económico y corrompieron el poder político. De su mano se hizo evidente la creciente desigualdad social y de riqueza que aquella cultura empresarial, individualista y competitiva producía. Su acción filantrópica no les salvó de las críticas<sup>1</sup>.

Décadas más tarde, cuando la economía americana se vio sacudida por la Gran Depresión, Matthew Josephson los bautizó como *robber barons*. Así había llamado el *New York Times* en 1852 al comodoro Vanderbilt, el «rey» del ferrocarril, el primero quizás de aquellos grandes emprendedores. El periódico neoyorquino le colocó aquel apelativo con el que se conocía a los barones medievales que cobraban un peaje por cruzar el Rin. Vanderbilt había abierto la ruta

---

<sup>1</sup> J. STROUSSE, *Morgan. American financier*, Nueva York, Random House, 1999.

desde Nueva York a California atravesando Nicaragua, cruzando la selva y pilotando un barco por los rápidos del río San Juan, para crear después una compañía de transporte a vapor. Desde sus primeros duelos y peleas hasta el proceso judicial a que fue sometido su testamento por parte de sus herederos en 1877, su vida se convirtió en fuente de anécdotas y comentarios, como las del resto de aquellos capitanes de empresa, pero también de biografías, más populistas y escandalosas unas, exhaustivas y analíticas otras<sup>2</sup>.

Algunos de aquellos barones salieron al paso de los comentarios. Lo hizo Andrew Carnegie, el gran empresario del acero, justificando la iniciativa individual y la competencia, así como las leyes que llevaban a la concentración de riqueza en manos de quienes eran capaces de producirla. Fue contundente al hablar y al escribir, y consecuente con su convicción de que los más ricos tenían la obligación de devolver en vida a la sociedad parte de su fortuna mediante la acción filantrópica. Fue consejero de presidentes y ministros, trabajó por la paz, escribió artículos que tuvieron gran impacto en la opinión y las notas que había ido acumulando sobre sus propias experiencias se publicaron como autobiografía en 1920, al año siguiente de su muerte.

John D. Rockefeller fue otro de aquellos capitanes de industria sobre quien más tinta vertió la prensa en el paso del siglo XIX al XX, mientras la Standard Oil se hacía con el monopolio de la industria petrolífera hasta ser juzgada por incumplimiento de la legislación *anti-trust*. Menos dado a opinar en público, Rockefeller decidió, sin embargo, publicar una autobiografía para contrarrestar el impacto que en la opinión popular tenían las denuncias de la periodista y escritora Ida Tarbell. A partir de 1917, a petición de su hijo, que quería liberar su nombre de la controversia, todas las mañanas y durante muchas horas respondió a las preguntas de quien la familia había decidido que fuera su biógrafo, William O. Higgins. Como Carnegie, también él se volcó durante sus últimos años en las actividades filantrópicas<sup>3</sup>.

También fueron los hijos de Andrew Mellon quienes quisieron que se escribiera la biografía de su padre, pese a que nunca fueron

---

<sup>2</sup> M. JOSEPHSON, *The Robber barons*, San Diego-Nueva York-Londres, Harcourt, Inc., 1962 (1.ª ed., 1934). Vanderbilt, en T. J. SILES, *The First Tycoon. The epic life of Cornelius Vanderbilt*, Nueva York, Alfred Knoff, 2009.

<sup>3</sup> Biografías recientes de ambos son las de D. NASAW, *Andrew Carnegie*, Nueva York, Penguin Books, 2007, y R. CHERNOW, *Titan. The life of John D. Rockefeller, Sr.*, Nueva York, Random House, 1998.

buenas sus relaciones. Mellon, el banquero que impulsó la industrialización de Pensilvania, republicano y controvertido secretario del Tesoro estadounidense, cuyas empresas fueron llevadas a los tribunales por prácticas monopolistas en más de una ocasión y él mismo llevado a juicio por problemas fiscales, legó su inigualable colección de arte al pueblo americano poco antes de su muerte, en 1937. La biografía que encargaron sus hijos al premio Pulitzer Burton H. Hendrick, que ya había escrito la de Andrew Carnegie, nunca vio la luz. Pusieron a su disposición los libros de correspondencia y muchos otros materiales, pero la llegada de la Segunda Guerra Mundial desaconsejó la publicación. Luego quedó obsoleta y sólo recientemente el historiador británico David Cannadine recibió de nuevo el encargo, que esta vez se cumplió<sup>4</sup>.

Los «tycoons» norteamericanos no se libraron de las críticas, pero algunos salieron personalmente a la palestra y muchos legaron instituciones culturales y científicas que contribuyeron de manera decisiva a la prosperidad de su país. Dejaron, además, voluminosos archivos privados y abundante correspondencia que han permitido a los historiadores acercarse una y otra vez a sus biografías, ayudando así a un mejor conocimiento de la gran transformación de la economía y la sociedad norteamericanas.

Si de Estados Unidos nos trasladamos a Europa, el período que ha centrado la atención y la polémica sobre los grandes empresarios y banqueros han sido los turbulentos años de entreguerras y la actitud empresarial ante el surgimiento y la expansión de los regímenes autoritarios y totalitarios, sobre todo en Alemania. Las preguntas surgieron ya en los procesos de Nuremberg, donde veintitrés directivos y propietarios de grandes empresas —entre ellas IG Farben, Flick y Krupp— fueron juzgados por crímenes contra la paz, la humanidad y los derechos de propiedad; trece fueron condenados a distintas penas. Las comparencias e interrogatorios, las más de 16.000 páginas de transcripción de los juicios y el archivo que los grandes industriales movilizaron para su defensa se convirtieron más tarde en una fuente inapreciable, aunque de compleja utilización, para los historiadores. Los propios industriales alemanes pusieron todo su empeño en distanciarse de la connivencia con el ascenso del nazismo y, sobre todo, con la utilización de mano de obra forzosa en

---

<sup>4</sup> D. CANNADINE, *Mellon. An American Life*, Nueva York, Vintage Books, 2006.

los países ocupados. Una vez cerrados los procesos e iniciada la Guerra Fría diseñaron una nueva imagen del empresario —*der Unternehmer*— como protagonista del renacimiento económico y cultural de la sociedad alemana. En las décadas siguientes, algunas grandes empresas industriales y entidades financieras promovieron la investigación de su propia trayectoria y contrataron historiadores de prestigio para ello. Se abrieron archivos, se multiplicaron las publicaciones, y se mantuvo viva la polémica que incluyó la de la responsabilidad ética de quienes aceptaron el encargo<sup>5</sup>.

Al calor del cincuentenario del final de la Segunda Guerra Mundial, la presión de quienes padecieron la persecución y el Holocausto, especialmente de las organizaciones judías, amplió la dimensión de la polémica y desbordó las fronteras de Alemania. Adquirió nuevos ímpetus el interés por los comportamientos empresariales también en los países ocupados y en los neutrales, y se desarrolló una abundante bibliografía, en ocasiones ligada a la revisión de las interpretaciones más tópicas y patrióticas de la resistencia al fascismo. Lo que hasta entonces se había mantenido en un ámbito académico con puntuales estallidos en los medios de comunicación, se convirtió también en problema de Gobiernos. La asociación de la banca y el Gobierno suizos, por un lado, y, por otro, la Administración demócrata norteamericana del presidente Clinton pusieron en marcha comités internacionales de expertos para el estudio de las responsabilidades de empresas y bancos europeos durante la Segunda Guerra Mundial. La Comisión Bergier y el Comité Volcker sacaron a la luz una abundantísima documentación que dio pie a informes voluminosos<sup>6</sup>.

En España no hemos tenido debates similares. Las historias empresariales o las biografías de los empresarios y hombres de nego-

---

<sup>5</sup> H. Ashby TURNER JR., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford, Oxford University Press, 1985. P. HAYES, *Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001 (2.ª ed.). H. JAMES, *The Deutsch Bank and the Nazi Economic War against the Jews*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001. La participación de los industriales alemanes en el debate de Nuremberg y en la posguerra, en S. J. WIESEN, *West German Industrialists and the Challenge of the Nazi Past, 1945-1955*, Carolina, University of Carolina Press, 2003. El debate sobre la ética de los historiadores, en M. PINTO-DUSCHINSKY, «Selling the past. The dangers of outsider finance for historical research», *Times Literary Supplement*, 23 de octubre de 1998.

<sup>6</sup> Un compendio de estudios sobre el tema, en H. JAMES y J. TURNER (eds.), *Enterprise in the period of fascism*, Gran Bretaña-Estados Unidos, Ashgate, 2002.

cios han sido escasas hasta hace relativamente poco tiempo. Dicho con trazo grueso, desde la historia social y política hubo que vencer los tópicos derivados del «fracaso de la revolución burguesa» en el siglo XIX para adentrarse de manera más ajustada en las actitudes de propietarios, empresarios y patronos. Las primeras aproximaciones tuvieron que ver con momentos críticos de nuestra historia, los que precedieron a las dos dictaduras de nuestro siglo XX, el período de entreguerras, enlazando así con lo que venía ocupando a la historiografía europea, pese a las peculiaridades de la historia española. Desde la historia económica y empresarial hizo falta abandonar, o al menos matizar, la idea de «fracaso» al hablar de la revolución industrial en España para que se suscitara el interés por la historia empresarial. Surgieron entonces las preguntas sobre las razones de la escasez de empresarios españoles en el siglo XIX y de su tendencia a buscar la protección del Estado y a huir de la competencia, así como su mayor abundancia en el siglo XX y su contribución al despegue y después a la modernización del país. Hoy disponemos de algunas excelentes biografías e historias de empresas. No ha sido fácil porque, a diferencia de lo ocurrido en Estados Unidos o en algunos países europeos, aquí no ha habido escritos personales ni autobiografías; tampoco archivos privados, salvo excepciones contadas y muy de agradecer. Sí ha habido, aunque no tantos, archivos de empresas y de bancos, resultado del empeño de algunos por recuperar la historia. Pero esas historias parecen no estar integradas en el relato histórico general de nuestros siglos XIX y XX<sup>7</sup>.

Sin duda, de entre los hombres de negocios españoles, Juan March Ordinas ha recibido mucha más atención que ningún otro, aunque haya sido muchas veces más sensacionalista que académica. Eugenio Torres, en un breve pero muy completo apunte, ha escrito que la vida de Juan March, pese a ser «el empresario español más importante del

---

<sup>7</sup> Entre los estudios de las organizaciones empresariales en momentos críticos, M. CABRERA, *La patronal en la Segunda República. Organizaciones y estrategia (1931-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1983, y F. DEL REY, *Proprietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992. Una colección de biografías, en E. TORRES (dir.), *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Madrid, LID, 2000. La escasez de empresarios en el siglo XIX y su importancia en el XX, en G. TORTELLA, «Prólogo», *ibid.* Un ensayo de incorporar a los empresarios a la historia general, en M. CABRERA y F. DEL REY, *El poder de los empresarios. Política y economía en la España contemporánea (1875-2000)*, Madrid, Taurus, 2002.